LUNES II SEMANA DE CUARESMA – CICLO C, 25 de Febrero de 2013

"No juzguéis y no seréis juzgados" (Lucas 6, 36-38)

Entre todos creamos la cultura que nos identifica. Una cultura de contrastes donde en nombre del personalismo y la libertad todo parece tener cabida. A tal punto que el relativismo se apodera de la ética personal y social. Impera la ética de la no ética.

Al leer el Evangelio del día que nos habla de la compasión, el perdón generoso, no puedo sino constatar que se trata de una propuesta profundamente anticultural. Hoy lo que "mola" es la crítica, y en lo posible la crítica agria y destructiva.

No hay tiempo ni interés por escuchar o comprender la situación del otro. Manipulamos la información, la deformamos para que responda a nuestros intereses y establecemos juicios sumarios a diestra y siniestra. Y lo peor… nos quedamos tan tranquilos…

Existe una justificación "medio-ambiental" que nos lleva a vivir estas actitudes sin rubor ni pudor alguno. Hemos llegado al punto de adormecer nuestras conciencias y a no percibir el daño que nos estamos haciendo. El fruto de esta actitud no es sino la destrucción de la capacidad de encuentro con el otro, con nosotros mismos, con Dios…

Debemos poner en valor y recuperar el sentido humanizador del perdón, de la prudencia, del respeto, del pudor al hablar de los demás. Sabiendo que al hacerlo seremos "anti-culturales", que estaremos fuera de moda. Estamos hablando de actitudes en las que se fundamentan y consolidan las relaciones interpersonales.

Sabemos que construir la comunión en nuestros centros y dispositivos reclama que asumamos todo lo que implica la dinámica del perdón y la compasión. Hacia los demás y hacia nosotros mismos. Y me atrevo a decir que si no lo hacemos con nosotros mismos, será imposible vivirlo con autenticidad en la relación con los otros.

Reconocernos en nuestras contradicciones con objetividad y sencillez es el camino inicial. Muchos estudiosos de la conducta humana nos recuerdan que el humor es un buen antídoto ante los procesos de autodefensa que nos impiden reconocernos en nuestros errores. Capacidad de perdonarnos, de comprendernos y de reírnos de nosotros mismos como camino para la construcción de una fraternidad respetuosa y profunda.

El último Capítulo General, refiriéndose a las hermanas afirma: *"La fuerza creadora del Espíritu nos impulsa a construir comunidades samaritanas desde el amor y el perdón, (…) donde las relaciones interpersonales sean sanas y profundas, y nos acojamos mutuamente con nuestras riquezas y fragilidades."* Esta llamada encaja perfectamente en el desafío cotidiano de construir la Comunidad Hospitalaria amplia, no sólo religiosa.

Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL.
ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL